



LA FERIA

DE

LOS DIAS

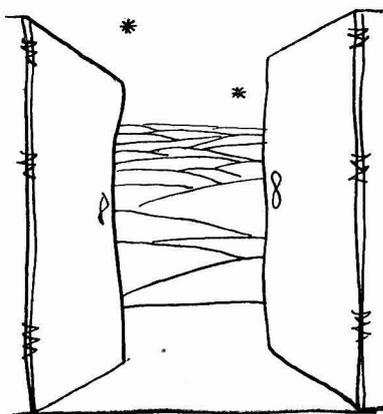


MAS SOBRE LA RESPONSABILIDAD DEL ESCRITOR

HOY SE ME OCURRE hilar algunos párrafos más sobre la responsabilidad del escritor. El tema es intrincado y confuso; fecundo e inagotable. Despertará siempre meditaciones constructivas; pero también abre las puertas, de par en par, a mil tentaciones demagógicas. Habría que abordarlo en pleno conocimiento de causa, no desde afuera, sino desde dentro del hecho literario. Y en todo caso, procurar mantenerse en una actitud permeable a nuevos argumentos; proponer mejor que dogmatizar; desbrozar caminos y no llenarlos de arbitrarios escollos.

DEBER CONCRETO

SEA LO QUE FUERE, pienso que en México el escritor tiene al menos una misión posible: la de luchar contra la mentira —en especial la mentira retórica— que nos envuelve. Esto puede parecer mera perogrullada, o desabrido axioma de una ética primaria. Recordemos, sin embargo, que somos un pueblo que aún no ha logrado escribir su historia; que hay en nosotros una tendencia, todavía no superada, quizá no superable por ahora, a fincar todos los órdenes de la vida sobre mitos consabidos y habituales prejuicios. Tales reconocimientos nos ayudarían a comprender la magnitud del problema.



¿CUAL MENTIRA?

QUEDE CLARO que al hablar de mentira no me refiero a las afirmaciones que derivan naturalmente de una auténtica fe (social, filosófica, religiosa). Quiero aludir a la mentira a sabiendas, a la defensa del mito por el mito, a la inercia o al interés que nos mueven a sostener, en forma deliberada, un ficticio y verboso sistema de va-



lores y postulados. La libertad —dijo una vez Charles Péguy— consiste “en *creer* lo que se cree, y en admitir (en el fondo, exigir) que también el vecino *crea* lo que cree”. Nada más que el ejercicio de esta libertad (y nada menos) es lo que me inclino a pedir a nuestros escritores.

MOTIVOS

¿POR QUÉ asignar al escritor tanta maña lucha? Sencillamente porque estimo que la búsqueda constante de la realidad, el enfrentamiento con el profundo ser de todas las cosas, está en la esencia misma de su tarea. Y porque se trata, de modo fundamental, de una lucha de palabras, de conceptos, de imágenes, de intuiciones: armas específicas del hombre de letras. Hay que tener en cuenta, de otro lado, que las únicas revoluciones valederas son las que se operan en el espíritu.

LAS COSAS POR SUS NOMBRES

CUMPLE por cierto a la literatura, sin exclusión de ningún género, aceptada la multiplicidad de sus cauces, enseñarnos a llamar las cosas por sus nombres. Meta que no es fácil, pero sí necesaria, y aun imperativa en un medio que se empeña en falsificarse a sí mismo. Descubrir la realidad de México, desentrañándola primero en cada uno de nosotros: he aquí lo apremiante, si deseamos la redención cercana de nuestra cultura. Y sepamos aceptar el hecho de que, dolorosa o no, esa realidad existe, y no cabrá nublarla con frases engañosas y aprendidas. Antes bien, su oscurecimiento impedirá en definitiva cualquier posible mejoría.

DE NUEVO PEGUY

RENGLONES ARRIBA, he citado una observación de Péguy; podría continuar repitiéndolo con largueza, pues que le soy, en este capítulo, deudor de no pocas lecciones: “Decir la verdad, toda la verdad, sólo la verdad, decir torpemente la verdad torpe, fastidiosamente la verdad fastidiosa, tristemente la verdad triste . . . La vida es corta, y si uno calla en el curso de la experiencia y en aras de la experiencia, ¿quién conocerá jamás los resultados?”

—J. G. T.

